

LECTURA DE HUMILDAD

Son poquísimos los hombres que poseen un sistema de ideas tan bien organizado y coherente que las puedan reducir a una visión sintética o a una afirmación capital. Generalmente los hombres hemos asimilado fragmentos de sistemas yuxtapuestos y, no pocas veces, fragmentos de ideas mal digeridas y contradictorias, a los que acudimos en cada caso concreto para que nos iluminen en los recodos del quebrado camino de nuestra vida.

No cabe pues duda que, en el aspecto intelectual, el hombre es tan diverso que se dan en él todos los sistemas filosófico-sociales en inconexa mescolanza. Pero en la zona cálida del sentimiento, la unidad del hombre es sino absoluta, muy uniforme. En el fondo, el hombre sólo tiene una pasión: el amor; de la cual son formas derivadas todas las demás. Esta pasión gobierna la vida de cada uno y le da una característica específica, de tal manera que conocer el amor de una persona es poseer la clave de todos sus actos.

El amor clasifica y define al hombre. Hay quien ama el oro, quien la gloria humana, quien los placeres de la carne. Este ama la verdad; aquel la belleza; el otro la virtud; el de más allá la Naturaleza. Hay quien se ama a sí mismo, quien ama al prójimo y quien ama a Dios.

Que el hombre ame no es ningún mérito; pero sí lo es el orientar su amor hacia cosas dignas y elevadas.

El amor entra por los caminos de la percepción; vista, oído, fantasía y culmina en la inteligencia. Pero el hombre se desarrolla en sus principios en el orden material y así también nacen de este orden las ideas, incluso las más elevadas. Las cosas externas tienen una forma definida, comprensible; para aprehenderlas no es preciso ningún esfuerzo de abstracción ni de purificación. Para enamorarse de la virtud, de la verdad, de la belleza, de Dios es ya más difícil y se precisa de un espíritu más cultivado y selecto porque son ideas que no responden a formas que entran por los ojos. Dios está en cada uno de nosotros, pero muchos le han enterrado bajo el engrudo de los vicios o de las convenciones sociales.

Quien quisiera conocer la Verdad para amarla, la conocerá porque ella busca deseosos; pero hay que vigilar para que la búsqueda no sea, en el fondo, insincera. Hay quienes buscan temiendo encontrar; simulan buscar sólo para que

calle la voz de la conciencia que exige una actitud religiosa definida. Quien teme encontrar que haga antes de la búsqueda un examen de conciencia riguroso y, no cabe duda que este frente a frente con uno mismo le facilitará mucho el hallazgo.

De todo lo dicho se infiere que, para hallar la Verdad, es preciso humillarse, negarse a sí mismo, luchar contra el endiosamiento que nos domina cuando en un cuerpo sano bulle una sangre juvenil.

El Ser esencial del que dimana todo lo creado, para quien el Universo es como un juego de niños y todas las dignidades y realezas humanas son menos que polvo, cuando quiere enviar a nuestro mundo al Verbo, su Hijo, para salvar al linaje humano, le elige por Madre una mujer del pueblo. Era sí la más digna de las criaturas que han visto las generaciones; pero no dejaba de ser una mujer sencilla, de casa humilde y oscura que vivía en un pueblo de segunda categoría, pueblo que, seguramente no figuraría en la Geografía ni en la historia, de no haber mediado esta feliz coyuntura de ser cuna de la Virgen.

El Nacimiento tiene lugar no ya en una casa de un pueblo, sino en una cueva apartada que servía de redil y de refugio a los pastores; en la soledad del campo y en plena noche.

Este acontecimiento que es considerado, con razón, el más grande y trascendental que han visto los siglos, es anunciado, en primer lugar, a los pobres pastores que guardaban sus rebaños en los cerros colindantes, después, y de una manera indirecta, es sugerido a tres sabios. Los ricos y poderosos, si se enteran, es por «vox pópuli». Los humildes le adoran; los sabios reconocen su triple personalidad; los poderosos o le desprecian o le persiguen.

Cristo nace en la vergüenza de un pesebre, vive pobremente, es perseguido, es maltratado y muere más vergonzosamente aún en el infamante suplicio de la Cruz. Todo al revés de lo que haríamos los humanos si pudiéramos escoger nuestras circunstancias vitales.

En nuestro sistema de valoración de la Sociedad nos inclinamos hacia la opulencia, la riqueza y el poder y por ello, cuando en un periódico se reseñan fiestas o reuniones de la aristocracia, se dice que se trata de la «buena» sociedad. Es que nuestro mundo se mueve en un ambiente de una sola dimensión que es el de la vanidad y Dios obra

en el espacio de infinitas dimensiones que es el espacio de la Verdad.

Cuando Dios quiso poner este mundo pluridimensional a la vista los hombres, no escogió palacios, princesas, generales ni ricos y aristócratas, sino gente del pueblo, de alma noble y pura, no contaminada por los prejuicios vanos de las pompas mundanas tan superficiales, pero tan difíciles de desarraigar... Proclamó bien claro que la naturaleza moral del hombre está muy por encima de las demás naturalezas.

Muchos no encuentran a Dios porque su vanidad y su soberbia los hace semejantes a los Príncipes de los Sacerdotes y a los Poderosos que convivieron con Cristo y no supieron ver en Él la fuente de todas las gracias. El mismo Pilatos buscaba la Verdad y, ciego, la condenó a muerte. Para unos y para otros, la Anunciación, el Pesebre, el taller de Nazaret, los doce analfabetos abrasados de amor... son poca cosa, para el dios que ellos desean.

Pues esta historia tan sencilla, deviene tan grande, tan inmensa, que confunde las más brillantes teorías filosóficas y salva a la Humanidad porque actúa en el mundo de la Verdad, de la divinidad del hombre, de la humanidad de Dios.

El mundo está lleno de cosas humildes, muchas de las cuales, sin saberlo son simiente de valores eternos. En nuestra propia existencia, tienen un incalculable valor las cosas sin importancia, aquellas que nos suceden diariamente y que no apreciamos por su vulgaridad. Son como las gramináceas, estas plantas pequeñas, insignificantes, que, cuando se las arranca llevan consigo gran cantidad de tierra y dejan una buena señal en el suelo por el insospechado volumen de su raigambre.

La vanidad humana desprecia estas pequeñeces y rehuye el trato de la gente vulgar. En cambio, la Divinidad se injerta al mundo por el punto doloroso de la humildad.

Y cuando el tiempo se vaciará en la Eternidad y todas las convenciones sociales caerán como trapos viejos y roñosos, el reino inmortal será de la humildad y de la pobreza soportada con resignación cristiana.

Otra vez desde el Pesebre, Cristo nos llama a reflexionar. ¿Nos encontrará con espíritu de pastores o con el orgullo y la hipocresía de Herodes?

José Más Dalmau